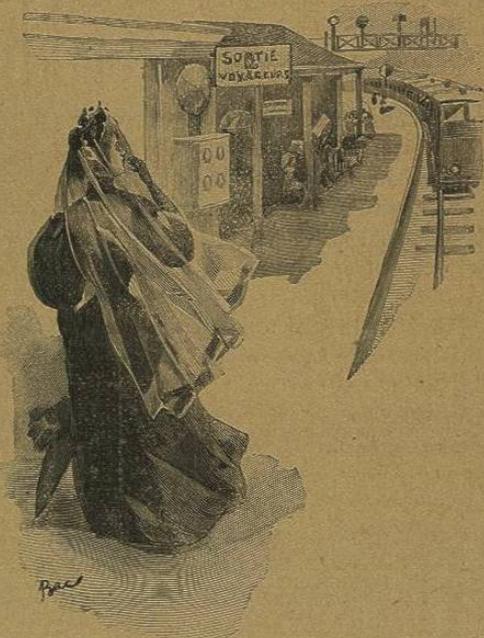


coche! » Duroy subió, luego se puso de codos sobre la ventanilla á fin de hablar todavía alguna palabra. La locomotora silbó y el tren se puso lentamente en marcha.

Jorge, con la cabeza fuera del vagón, miraba á la joven viuda, inmóvil en el andén y siguiéndole con la mirada.

Al ver que iba ya á perderla de vista, Duroy recogió con las dos manos un beso de su boca y le arrojó hacia ella.

La joven se le devolvió con un movimiento más discreto, vacilante, esbozado solamente.



SEGUNDA PARTE

I

Jorge Duroy había vuelto á sus antiguas costumbres.

Instalado ahora en el cuartito del piso bajo de la calle de Constantinopla, vivía prudentemente como hombre que prepara una existencia nueva. Hasta sus relaciones con

M^{me} de Marelle habían tomado un cierto tono conyugal, como si Duroy quisiera ejercitarse de antemano para

el próximo acontecimiento, y su querida que se extrañaba con frecuencia de la tranquilidad ordenada en que vivían, solía decirle riendo :

— Tú eres todavía más metódico que mi marido; no valía la pena de cambiar para esto.

M^{me} Forestier no había vuelto todavía. Jorge recibió carta de ella, fechada en Cannes, en la que le anunciaba su regreso para mediados de abril sin aludir con una sola palabra á lo que habían hablado al despedirse. Duroy esperó, resuelto enteramente á acudir á todos los medios para hacerla su esposa en el caso de que ella pareciese vacilar. Pero tenía confianza en su fortuna, confianza en aquella fuerza de seducción que sentía en sí, fuerza vaga é irresistible á la que todas las mujeres se sometían.

Un aviso lacónico le previnó de que iba á sonar la hora decisiva.

« Me encuentro en París. Venga Vd. á verme.

Magdalena FORESTIER. »

No decía más. Lo había recibido por el correo de las nueve de la mañana, y á las tres de la tarde del mismo día Duroy entraba en casa de la viuda.

La joven le tendió las dos manos sonriendo con su encantadora sonrisa amable, y ambos se miraron por espacio de algunos segundos al fondo de los ojos.

— ¡Qué bueno ha sido Vd. de ir hasta allá en aquellas circunstancias terribles! dijo ella.

— Habría hecho cuanto Vd. me hubiese ordenado, respondió Jorge.

Y se sentaron. Magdalena se informó de todo, preguntó por Walter, por todos los compañeros y por la marcha del periódico. En esto último, pensaba con frecuencia.

— Lo echo mucho de menos, decía ella, mucho, mucho. Había llegado á ser periodista de corazón. ¿Qué quiere Vd.? Es un oficio que me gusta mucho.

Después guardó silencio. Duroy creyó comprender, creyó encontrar en su sonrisa, en el tono de su voz, en las palabras mismas, á modo de una invitación, y por más que se había prometido no precipitar las cosas, balbuceó :

— Pues bien... ¿por qué no podría Vd. volver á tomar ese oficio... bajo... bajo el nombre de Duroy?

La joven se puso brusca-mente seria y, posando la mano sobre el brazo de su amigo, murmuró :

— No hablemos todavía de eso.

Pero él adivinó que aceptaba y, cayendo arrodillado á sus pies, se puso á besarla apasionadamente las manos mientras repetía con frase entrecortada :

— ¡Gracias, gracias, cuanto te amo!

M^{me} Forestier se levantó y lo mismo el joven, quien al notar la extrema palidez de la viuda, comprendió entonces que él la agradaba y tal vez desde mucho tiempo, y como en aquel instante se encontraban cara á cara, Duroy la abrazó y la besó después en la frente con un beso prolongado, tierno y serio.

— Escuche Vd., amigo mío, le dijo ella, deslizando sobre su pecho y logrando desasirse :



— No estoy todavía decidida á nada. Pudiera suceder sin embargo que dijese *si*. Pero Vd. me promete el secreto absoluto hasta el momento én que yo le autorice a romperlo.

Duroy juró y partió, desbordado el corazón de alegría.

Á partir de entonces puso mayor discreción en las siguientes visitas y no solicitó un consentimiento más preciso y categórico, porque tenía una manera particular de hablar del porvenir y de decir á todo « más tarde », de presentar proyectos en que las existencias de los dos se encontraban mezcladas, todo lo cual respondía mejor y más delicadamente que una aceptación formal.

Duroy trabajaba duro y gastaba poco, trataba de economizar algún dinero para no encontrarse completamente sin dinero en el momento de irse á casar, y se iba haciendo tan avaro como antes era pródigo.

Pasó el verano, luego el otoño, y á nadie le ocurrió sospechar nada, pues se veían poco y cuando se veían resultaba lo más natural del mundo.

Una noche le dijo Magdalena mirándole al fondo de los ojos :

— ¿ Todavía no ha dicho Vd. nada de nuestro proyecto á M^{me} de Marelle ?

— No, amiga mía. Le tenía prometido á Vd. el secreto y no he abierto la boca para alma viviente.

— Pues bien, ya convendría prevenirla. En cuanto á los Walter yo me encargo. Lo haremos en esta misma semana, ¿ no es eso ?

Él se había puesto encarnado.

— Sí, mañana mismo.

Magdalena desvió ligeramente la vista como para no notar su turbación, y volvió á decir :

— Si Vd. quiere podemos casarnos á principio de mayo. Sería muy conveniente.

— Obedezco en todo con júbilo.

— El diez de mayo, que es sábado, me agradaría mucho porque es mi cumpleaños.

— Sea, el diez de mayo.

— Sus padres de Vd. habitan cerca de Ruán, ¿ no es eso ? Usted al menos me lo ha dicho.

— Sí, cerca de Ruán, en Canteleu.

— ¿ Qué hacen ?

— Son... son pequeños rentistas.

— ¡ Ah ! Yo tengo un vivo deseo de conocerlos.

Duroy vaciló, muy perplejo :

— Pero... si son... De pronto tomó su partido, como un hombre verdaderamente superior :

— Mi querida amiga, son campesinos, taberneros, que se han sangrado los cuatro miembros del cuerpo para darme estudios. No me avergüenzo de ellos, pero... su sencillez, su... rusticidad pudiera tal vez molestarla á Vd.

Ella sonreía deliciosamente, iluminado su semblante por una dulce bondad.

— Al contrario, los querré mucho. Iremos á verlos. Lo quiero. Ya volveremos á hablar de esto. También yo soy hija de padres pobres... pero los he perdido. No tengo otra persona en el mundo... agregó tendiéndole la mano... que Vd.

Duroy se sintió enternecido, trastornado, conquistado como jamás lo había sido por ninguna mujer.

— He pensado en una cosa, dijo Magdalena, pero es una cosa difícil de explicar.

— ¿ En qué ? preguntó Duroy.

— Pues bien, voy á decirle, querido ; yo soy como

todas las mujeres, tengo mis... debilidades, mis pequeñeces, me gusta lo que brilla, lo que suena. Yo hubiera adorado poder llevar un nombre noble. ¿Es que Vd. no pudiera con ocasión de nuestro matrimonio... ennoblecerse un poco?

Magdalena á su vez se había ruborizado ahora como si le hubiese propuesto una cosa poco delicada.

Duroy respondió sencillamente :

— Ya lo he pensado muchas veces, pero no me parece fácil.

— ¿ Por qué ?

Él se echó á reír :

— Porque tengo miedo de parecer ridículo.

— Nada de eso, replicó ella encogiéndose de hombros. Todo el mundo lo hace y nadie se ríe. Separe Vd. su apellido en dos : « Du Roy ». Eso hace muy bien.

Jorge respondió inmediatamente como hombre que conoce el asunto :

— No, eso no conduce á nada. Es un procedimiento demasiado vulgar, demasiado sencillo, muy conocido. Yo había pensado en tomar el nombre de mi país, como pseudónimo literario primeramente y agregarle luego poco á poco al mío, y después, más tarde, cortar mi nombre en dos tal como usted me lo propone.

— ¿ El país de Vd. es Cantelou ?

— Sí.

La joven vacilaba :

— No, no me gusta la terminación. Veamos, ¿ es que no podríamos modificar un poco esa palabra... Cantelou ?

Ella tomó de encima de la mesa una pluma y se puso á garabatear algunos nombres estudiando su fisonomía. De pronto, gritó :

— Ya está, aquí le tiene Vd.

Y le tendió un papel en el que decía : « Madame Duroy de Cantel ».

Duroy reflexionó unos cuantos segundos y después declaró con gravedad :

— En efecto, es muy bueno.

La joven estaba encantada y repetía :

— Duroy de Cantel, Duroy de Cantel, Madame Duroy de Cantel. ¡ Excelente! ¡ Excelente! y como si estuviese convencida de lo que decía, agregó : Ya verá Vd. qué fácilmente lo acepta todo el mundo. Pero es necesario hacerlo con tiempo, pues sería demasiado tarde luego, en el momento de casarnos. Desde mañana empieza Vd. á firmar sus crónicas D. de Cantel, y los ecos simplemente Duroy. Esto se hace diariamente en la prensa y nadie se extrañará de verle á Vd. tomar un nombre de guerra. Al irnos á casar podremos modificar todavía esto un poco, diciendo á los amigos que Vd. había renunciado el *de* por modestia, dada su posición, ó no se dice absolutamente nada. ¿ Cuál es el nombre de su padre de Vd. ?

— Alejandro, respondió Duroy.

Magdalena murmuró dos ó tres veces seguidas : « Alejandro, Alejandro » escuchando la sonoridad de las sílabas, y luego escribió sobre una cuartilla :

« Alejandro Du Roy de Cantel y señora tienen el honor de participar á Vd. el efectuado enlace de su hijo Mr. Jorge Du Roy de Cantel con M^{me} Magdalena Forestier.

Y mirando de lejos lo que acababa de escribir, quedó maravillada del efecto, y exclamó :

— Aquí tiene Vd., con un poquito de cuidado que se ponga en las cosas se consigue lo que se quiere.

Cuando Jorge se encontró en la calle y ya bien decidido á llamarse en adelante Du Roy y hasta Du Roy de Cantel, le pareció que acababa de adquirir una importancia nueva. Marchaba con aire más desenvuelto, con la frente más alta, el bigote más orgulloso, como debe marchar un hidalgo, y sentía dentro de sí una especie de tentación alegre de contarles á los que pasaban á su lado:

— Yo me llamo Du Roy de Cantel.

Pero apenas entró en su casa le vino á la mente lo que tenía que decir á M^{me} de Marelle y se inquietó. Inmediatamente la escribió pidiéndole cita para el día siguiente.

« Esto será duro, pensaba, y voy á sufrir una tormenta de primer orden. »

Pero después tomó su partido con la natural despreocupación que le permitía descartar las cosas desagradables de la vida y se puso á hacer un artículo declamatorio sobre los nuevos impuestos que iban á votarse para afirmar el equilibrio del presupuesto. La partícula nobiliaria debía tributar cien francos al año y los títulos, desde barón hasta príncipe, desde quinientos á cinco mil francos.

Luego firmó: D. de Cantel.

Á la mañana siguiente recibió un pequeño azul de su querida anunciándole que estaría á la una en su casa.

Duroy la esperó un poco febril, resuelto, por lo demás, á hacer las cosas de trompón, á decirlo todo desde el principio y luego, una vez pasada la primera emoción, á argumentar sagazmente para demostrarle que él no podía permanecer soltero indefinidamente y que, como Mr. de Marelle se obstinaba en vivir, había tenido que pensar en otra mujer que ella para hacerla su compañera legítima.

Á pesar de todo Duroy estaba emocionado, y cuando el timbre de la puerta sonó, su corazón se puso á latir con violencia.

Ella se arrojó en sus brazos:

— Buenas tardes, querido mío. Y como encontrase frío el abrazo que le devolvió, se puso á mirarle y preguntó:

— ¿Qué es lo que tienes?

— Siéntate, la dijo él. Vamos á hablar seriamente.

M^{me} de Marelle se sentó sin quitarse el sombrero, levantándose únicamente el velo hasta por encima de la frente.

Duroy había bajado los ojos y preparaba el comienzo.

— Mi querida amiga, empezó con voz lenta, me encuentras seguramente turbado, muy triste y con gran embarazo por todo cuanto voy á declararte. Te amo mucho, te amo verdaderamente desde el fondo de mi alma, así que el temor de causarte pena me aflige más aún que la misma nueva que voy á comunicarte.

Clotilde palidecía, se sentía temblar y balbuceó:

— ¿Pero qué hay? Dilo pronto.

Duroy pronunció con tono triste aunque resuelto, con esa opresión fingida que se usa para anunciar las desgracias venturosas:

— Pues hay que me caso.

M^{me} de Marelle lanzó uno de esos suspiros de mujer que va á perder el conocimiento, un suspiro doloroso salido del fondo del pecho; y la respiración se le hizo agitada hasta el punto de solocarla y no dejarla hablar.

Viendo que ella no decía nada, Duroy continuó:

— No puedes figurarte cuánto he sufrido antes de llegar á esta resolución. Pero no tengo ni posición, ni fortuna. Me encuentro solo, perdido en París. Necesito

taba cerca de mí alguien que me sirviese sobre todo de consejero, de consuelo, de sostén, buscaba una asociada, una aliada y la he hallado.

Jorge se calló esperando que ella respondería, y preparado á recibir una nube de injurias, de violencias, de cólera.

Clotilde había apoyado una mano sobre su corazón como para contenerle y seguía siempre respirando por sacudidas penosas que la levantaban el seno y la hacían mover la cabeza.

Duroy tomó la mano que ella tenía apoyada sobre el brazo de la butaca, pero la joven la retiró bruscamente, y después, como si hubiese caído en una especie de atontamiento, murmuró :

— ¡Oh!... ¡Dios mío!...

Duroy se arrodilló delante de ella, sin atreverse á tocarla, más emocionado por aquel silencio de lo que lo estaría si ella se hubiese arrebatado :

— Clo, mi pequeña Clo, comprende bien mi situación, comprende bien lo que soy. ¡Oh! Si hubiera podido hacerte mi esposa ¡qué felicidad! Pero estás casada. ¿Qué podía yo hacer? ¡Reflexiónalo, mujer, reflexiónalo! Es necesario que entre en sociedad y no puedo hacerlo en tanto que no tenga hogar. ¡Si tú supieras!... Días ha habido en que sentía deseos de matar á tu marido...

El periodista hablaba con voz suave, velada, seductora, una voz que entraba como música por el oído.

Luego vió aparecer dos lágrimas que se desprendían de los ojos inmóviles de su querida y se agrandaban entamente, y las vió correr por sus mejillas, mientras tras dos se formaban al borde de los párpados.

— ¡Oh! murmuró, no llores, Clo, no llores, te lo suplico, me desgarras el corazón.

Ella hizo entonces un esfuerzo, un esfuerzo supremo para aparecer digna y orgullosa, y con ese tono temblón de las mujeres que van á sollozar, le preguntó :

— ¿Quién es?

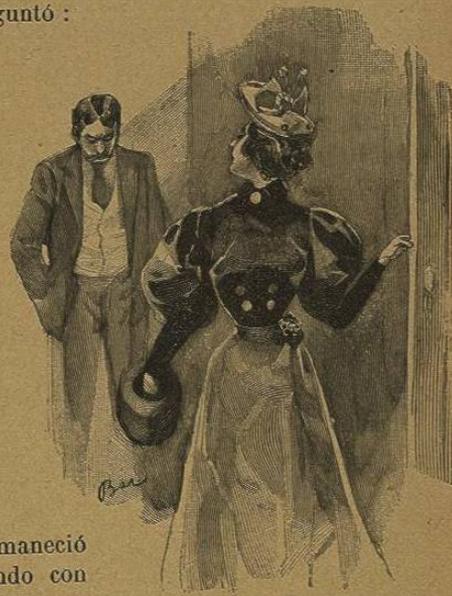
Duroy vaciló un segundo, pero comprendiendo que era preciso decirlo, respondió :

— Magdalena Forestier.

Mme de Marelle se estremeció de todo su cuerpo y después permaneció muda, meditando con una tal atención que parecía haberse olvidado de que él estaba á sus pies.

Dos gotas transparentes seguían formándose siempre en sus ojos, caían luego y de nuevo volvían á formarse otras.

La joven se levantó. Duroy adivinó que iba á partir sin decirle una palabra, sin reproches, sin perdón, y se sintió lastimado, humillado en el fondo de su alma.



Queriendo retenerla la sujetó con fuerza por el vestido, enlazando á través de la tela las redondas piernas de la joven, mientras ella las mantenía tiesas para resistir.

— No te vayas así, suplicaba Jorge, te conjuro á que no te marches de ese modo.

M^{me} de Marelle le miró entonces de arriba abajo con esa mirada húmeda, desesperada, tan encantadora y tan triste que muestra todo el dolor de un corazón de mujer, y balbuceó :

— Yo no tengo... yo no tengo nada que decirte... nada tengo... que hacer... Tú... tú tienes razón... has... elegido lo que te hacía falta...

Y habiendo logrado con un brusco movimiento hacia atrás desprenderse de él, salió sin que intentase retenerla más tiempo.

Después que quedó solo y pasada la emoción de los primeros momentos, Duroy trató de reponerse, se encontraba aturdido como si hubiese recibido en la cabeza un puñetazo. Luego murmuró tomando su partido :

— Á fe mía, que sea mejor ó peor, la cosa ha concluído y sin escándalo. Esto es lo principal.

Y como aliviado de un peso enorme, sintiéndose de pronto libre, desembarazado y á sus anchas al entrar en una nueva vida, se puso á boxear contra la pared lanzando grandes puñetazos, en una especie de embriaguez y de fuerza, como si se batiera contra el destino.

Cuando M^{me} Forestier le preguntó :

— ¿Ha prevenido Vd. á M^{me} de Marelle? Duroy respondió tranquilamente :

— Sí...

La viuda le sondeaba con su clara mirada.

— ¿Y no le ha producido emoción ninguna?

— Ni mucho menos. Por el contrario le ha parecido muy bien.

La noticia fué bien pronto conocida. Unos se extrañaron, otros pretendían haberlo previsto, y todavía hubo algunos que sonrieron dejando comprender que no les sorprendía absolutamente.

Jorge firmaba ahora sus crónicas D. de Cantel, los ecos Duroy, y los artículos políticos que comenzaba a dar de cuando en cuando los firmaba Du Roy. Pasaba la mitad del día en casa de su prometida, quien le trataba con una familiaridad fraternal, en la que entraba no obstante una verdadera ternura pero oculta, una especie de deseo disimulado como se disimula una debilidad. Magdalena había decidido que el matrimonio se celebraría con gran secreto, en presencia únicamente de los padrinos y que la misma noche de la boda partirían para Ruán. Al día siguiente irían á dar un abrazo á los ancianos padres del periodista y permanecerían unos cuantos días en su compañía.

Duroy se había esforzado en hacerla renunciar á aquel proyecto, pero como no había podido lograrlo, tuvo al fin que someterse.

Llegado que fué el diez de mayo, los nuevos esposos, que habían juzgado inútiles las ceremonias religiosas toda vez que no habían invitado á nadie, así que pasaron por la Alcaldía donde estuvieron breves momentos, se volvieron á casa con objeto de cerrar las maletas, y á las seis de la tarde tomaron en la estación de San Lázaro el tren que debía conducirlos hacia la Normandía.

Hasta el momento en que se encontraron solos en el vagón apenas si habían cambiado veinte palabras, pero desde que se sintieron en marcha se miraron y rieron

como para disimular cierto embarazo que no querían que se transparentase.

El tren atravesó despacio la larga estación de Bati-gnolles y franqueó luego la tiñosa llanura comprendida entre las fortificaciones y el Sena.

Duroy y su esposa se decían de cuando en cuando alguna frase inútil y de nuevo se volvían hacia la ventanilla; pero cuando pasaron el puente de Asnières les embargó una gran alegría al ver el río cubierto de barcas, de botes de pescar y de pescadores. El sol, un sol intenso de mayo esparcía su luz oblicua sobre las embarcaciones y sobre el tranquilo río que parecía inmóvil, sin corriente y sin remolinos, como si el calor y la claridad del día que desaparecía le contuviese. Una lancha de velas que en medio del río había tendido sobre sus dos bordes dos triángulos de blanca tela para recoger los menores soplos de la brisa, presentaba el aspecto de un enorme pájaro presto á volar.

— Yo adoro los alrededores de París, murmuró Duroy. Los recuerdos que conservo de meriendas á que he asistido constituyen lo más agradable de mi vida.

— ¿Y los botes? ¡Cómo encanta deslizarse en ellos sobre el agua á la caída del sol! respondió la joven.

Luego se callaron como si no debieran continuar solazándose con el recuerdo de su vida pasada y permanecieron mudos saboreando tal vez la poesía del bien perdido.

Sentado enfrente de su mujer, Duroy tomó su mano y la besó lentamente.

— Cuando estemos de regreso, dijo, iremos alguna vez á comer á Chatou.

— ¡Tendremos tantas cosas que hacer! murmuró

ella como si quisiera significar: « Será necesario sacrificar lo agradable á lo útil. »

Jorge conservaba siempre la mano de su mujer preguntándose con inquietud la transición por la que debería llegar hasta la caricia. No se hubiese detenido seguramente ante la ignorancia de una solterita, pero la inteligencia alerta y astuta que veía en Magdalena le turbaba y embarazaba sus actitudes. Tenía miedo de parecerla demasiado cándido, demasiado tímido ó demasiado brutal, demasiado tardo ó demasiado impaciente, y estrechaba aquella mano con ligeros apretones sin que la joven viuda respondiese á su llamamiento.

— ¡Qué original me parece que estemos casados!

— ¿Por qué? dijo ella al parecer sorprendida.

— No lo sé. Me parece original. Tengo deseos de besar á Vd. y el pensar que tengo derecho á besarla me produce extrañeza.

Magdalena le presentó tranquilamente la mejilla que Duroy besó como hubiera besado á una hermana.

— La primera vez que la ví, añadió Duroy (Vd. lo sabe bien, el día de la comida á que Forestier me invitó) dije para mí: « ¡Canario! si yo pudiese descubrir una mujer como ésta... » Pues bien la he descubierto, ya la tengo.

— Es divino, murmuró ella mirándole de frente, finamente, con su mirada siempre sonriente.

Duroy pensaba:

« Soy demasiado frío. Soy un estúpido. Debiera proceder más de prisa. » Entonces la preguntó: ¿Cómo fué el hacer conocimiento con Forestier?

Su mujer le respondió con una malicia provocativa:

— ¿Pero es que vamos á Ruán para hablar de él?

Duroy se ruborizó:

— Cuidado que soy bobo. Cómo me intimida Vd.

Ella se mostró maravillada.

— ¿Yo? ¿Es posible! ¿Y por qué?

El joven estaba sentado á su lado, muy cerca. En aquel momento gritó Magdalena: ¡Oh! mire un ciervo!

El tren atravesaba el bosque de San Germán, y la joven había visto á un corzo espantado atravesar de un salto una alameda.

Mientras que ella miraba por la ventanilla abierta, Duroy, que estaba inclinado también para mirar, imprimió un beso prolongado, un beso de amante en la nuca de su mujer.

Ella permaneció algunos momentos inmóvil, pero luego levantó la cabeza:

— Déjeme, me hace Vd. cosquillas.

Pero él no se retiraba, paseando suavemente con caricia enervante y prolongada su rizado bigote sobre la carne blanca del cuello de Magdalena.

— Vaya, déjeme; insistió ella sacudiendo la cabeza para desprenderla de Duroy que la retenía suavemente por detrás con la mano derecha y la volvía hacia sí. Lo mismo que un gavilán sobre su presa, el periodista se arrojó sobre la boca de su mujer, que se revolvía, le rechazaba y pugnaba por desasirse, hasta que lo consiguió.

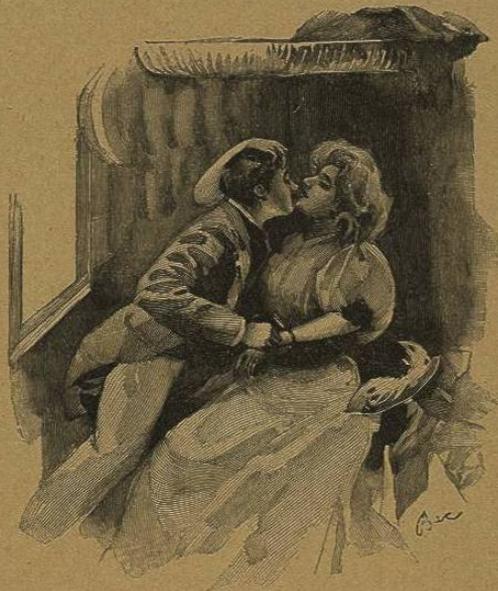
— ¡Vaya! ¿quiere dejarme?

Él no escuchaba ya, abrazándola, besándola con temblona avaricia, ensayando tumbarla sobre los cojines del vagón.

Magdalena hizo un gran esfuerzo y levantándose con viveza le dijo:

— Pero veamos, Jorge. Yo creo que no somos chiquillos y que podemos bien esperar hasta Ruán.

Duroy permanecía sentado, rojo de deseo y aquellas palabras razonables le desconcertaron. Luego recobró su sangre fría:



— Sea, dijo alegremente, pero no me comprometo á decir veinte palabras hasta que lleguemos, y piense Vd. en que atravesamos ahora Poissy.

— Bueno, yo hablaré, dijo ella; y volviéndose á sentar tranquilamente, cerca de él, comenzó á hablarle con precisión de lo que harían cuando regresaran. Debían conservar el cuarto que ella habitaba con su primer

marido y Duroy heredaría las mismas funciones y sueldo que Forestier tenía en *La Vida Francesa*.

Por lo demás, antes de casarse había abordado con la misma seguridad que un hombre de negocios todos los detalles financieros del nuevo matrimonio. Se habían asociado bajo el régimen de separación de bienes y se habían previsto todos los casos que podían ocurrir: muerte, divorcio, nacimiento de uno ó de varios hijos. El joven aportaba cuatro mil francos, decía él, pero para aquella suma había pedido prestados mil quinientos. El resto eran sus economías hechas en el año en previsión del acontecimiento. La joven declaraba aportar cuarenta mil francos que Forestier le había dejado.

Magdalena citó á Forestier como ejemplo:

— Era un muchacho muy económico, muy ordenado, muy trabajador. Habría hecho fortuna en poco tiempo.

Duroy no escuchaba ya, preocupado por otros pensamientos.

De cuando en cuando la joven cesaba de hablar para seguir una idea íntima y luego recomenzaba:

— De aquí á tres ó cuatro años, puede Vd. muy bien ganar de treinta á cuarenta mil francos por año. Es lo que habría tenido Carlos si hubiera vivido.

Jorge, que comenzaba á encontrar larga la lección, respondió:

— Creí que no íbamos á Ruán para hablar de él.

La joven le dió una ligera palmada sobre la mejilla:

— Es verdad, le dijo riendo. Es mi culpa.

Duroy tenía las manos de ella sobre las rodillas simulando las mismas maneras de los niños buenos y dóciles.

— ¡Oh! qué aire de bobo tiene Vd., así en esa postura!

— Es un papel, replicó Duroy, al que hace un momento me ha reducido Vd. y no le abandonaré.

— ¿Por qué?

— Porque es Vd. quien toma la dirección de la casa y hasta de mí mismo. Y efectivamente, esto le corresponde como viuda.

— ¿Qué quiere Vd. decir? preguntó ella con extrañeza.

— Pues que Vd. tiene una experiencia que debe disipar mi ignorancia y una práctica del matrimonio que debe avivar mi inocencia de soltero. Eso es.

— ¡Lo que Vd. dice es demasiado fuerte! observó la joven.

— Pues es así. Yo no conozco á las mujeres — eso es — y Vd. conoce á los hombres puesto que es viuda — eso es — Vd. se encarga de mi educación... esta noche — eso es — y hasta si quiere puede comenzar ahora mismo — eso es.

— ¡Oh! gritó ella riendo con toda su alma. ¡Si cuenta Vd. conmigo para eso!...

Duroy pronunció con una voz de colegial que tartajea su lección:

— Pues sí, pues sí, cuento con ello — na — y espero que me instruirá Vd. sólidamente... en veinte lecciones... — na — diez para los elementos... la lectura y la gramática... diez para los perfeccionamientos y la retórica — na. — Yo no sé nada — na.

Magdalena se divertía mucho con todo aquello.

— ¡Qué tonto eres! gritó.

— Bueno, volvió á decir, puesto que comienzas á tutearme yo imitaré tu ejemplo y te diré, amor mío, que te adoro cada vez más, de segundo en segundo y que encuentro Ruán demasiado lejos.